

- ¿Eh?
- No está bien pagado.
- Pues qué pide V.?
- ¡Curar en una sola sesión! Esto se ve muy pocas veces y merece mucho más que dos luises.
- Tome V. cinco.
- Cinco ya es otra cosa...
- Váyase V. y olvide el camino de mi casa.
- El olvido se paga aparte, señora condesa.
- ¿Qué quiere V. decir?
- Que yo no olvidaré fácilmente las preciosas, las esquisitas formas....
- Ahí tiene V. cinco luises más. ¿Está V. satisfecha?
- Tanto como se puede estarlo, perdiendo una parroquiana como V., señora condesa. En fin, quién sabe lo que puede suceder. Nadie ha de decir: «¡De este agua no beberé!» Los días pasan sin parecerse unos á otros. Dejaré á V. algunas tarjetas mías. Si no son para V., puede V. repartirlas entre sus amigas. Parece imposible que en la sociedad que V. frecuenta, no haya...
- ¡Insolente!
- Servidora de V., señora condesa!

La mujer-reclamo.

- Sígueme, pollo.
- Mejor dicho, sigue á Carolina, la fiel doncella de M.^a Lucia, Hortensia de La Matte.
- El gabinete en que penetramos es sombrío.
- Una lamparilla de noche agoniza delante de un reloj que señala las once.
- Apenas un ligero hilo de sol filtrase á través de los cortinajes cuidadosamente corridos, hilo de sol, sin embargo, que for-

ma un óvalo luminoso sobre el satin gris de China que tapiza la pared.

Carolina aparta las colgaduras, y la luz del día invade el gabinete en el cual, oh pollo, hago que te introduzcan.

Podemos hacer su inventario.

Es un dormitorio á la inglesa—bien claro lo indicaba la lamparilla—un dormitorio precioso, microscópico, algodónado, perfumado... un nido de mujer, en fin.

Las paredes, el techo, todo se halla forrado de satin gris de China, con botones dorados.

Una silla mecedora, dos sillones, un velador de mosaico de Florencia y una mesa-tocador, atestada de preciosidades de marfil, de plata y de cristal, este es todo el inventario. ¡Ah! Me olvidaba: la chimenea es de ónix argelino; sus aditamentos desde el reloj hasta el fuelle, son de puro estilo Luis XVI. Sobre dicha chimenea se ve, en bello desorden esparcido, alhajas, guantes, un abanico y algunas flores que mueren, á pesar suyo, vueltas hácia el lecho.

El lecho... lo he guardado para postre. Cortinajes de punto de Inglaterra le cubren casi por completo. Las sábanas de batista se hallan guarnecidas de riquísimos volantes encañonados y están marcados en un ángulo con una cifra blasonada.

Así que Carolina entra en el gabinete, un hociquillo mostachudo, barbudo, una húmeda nariz, unos ojos brillantes, una cabecita en fin, de color de sal revuelta con pimienta, sale de debajo de las sábanas enderezando sus orejas.

Diciendo como final que la alfombra que cubre el suelo del cuarto es de Smirna, solo me queda por describir á la que habita aquel gynecéo. Así como sus larguísimos cabellos de un rubio ardiente, habrían encantado al Ticio; así como su tez de blanco y rosa, sus rojos labios, sus grandes ojos azules, circundados de negro, habrían maravillado á Greuze, sus brazos, su seno, sus caderas habrían entusiasmado á Rubens.

Nótese que describo esto muy á prisa, porque tengo miedo de perderme en el camino.

Carolina se acercó al pié del lecho, y dice:

—¿Qué debo comprar hoy para el almuerzo?

—¿Eh? exclama Lucía, medio abriendo los ojos.

—¿Está V. durmiendo todavía?

—Me parece...!

—Ya es algo tarde!

—¿Y qué me has dicho antes?

—He dicho que me indicara V. lo que hoy debía comprar para el almuerzo!

—¡Ya me fastidias con el almuerzo! Tan bien que dormía...

—¡Dormir! Ya han dado las once. La procesion comienza; y yo tengo que ir á la plaza.

—Es decir que no puedo disfrutar ni de un solo dia de descanso!

Vamos, acabemos pronto, á ver si te vas enseguida.

—Justamente.

—¿No queda nada de ayer?

—¡Tiene V. unas preguntas! ¡Y qué quiere V. que quede! ¡Nos alimentamos tres con un pichon!

—¡Ya!

—Y francamente, no tengo un cuarto, ni de donde me venga, que es peor.

—¿Que no tienes un cuarto!

—¡Ni un ochavo!

—Lo cual prueba que seguimos lo mismo, que esto lleva trazas de no acabarse nunca!

—Hace ya ocho dias...

—¿Por qué te detienes? ¡Acaba!

—Pues bien, hace ya ocho dias que no me da V. dinero.

—Verdad es!

—¿Cómo quiere V. darse el lujo de comer sola!

—¿Y qué?

—¿Qué quiere V. que yo le diga!

—Dí.

—Yo en su lugar de V. lo haria de otro modo!

—Pero si es tan fastidioso, tener siempre la mesa llena de idiotas!

—No digo que no; pero cuando esos idiotas asisten, los proveedores provéen, mientras que por los bellos ojos de V. no quieren hacer gasto alguno.

—Razon tienes.

—Hace ya ocho dias que descansa V.

—¡Tanto tiempo ya!

—Y es imposible que siga V. llevando esa vida de liron. Reflexiónelo V.

—Sí, reflexionaré...

—No hay nada en la despensa...

—¡Nada!

—Y eso es grave!

—Vaya, bueno: invitaré á tres ó cuatro imbéciles para mañana. Haz lo que sabes.

—¿Y hoy?

—Dí que traigan ya hoy por la mañana las provisiones. Tomaremos algo de ellas.

—¿Cómo si eso fuera fácil. A la hora de comer acuden todos á echar el ojo por la cocina y el comedor. No se les puede engañar. Renunciemos decididamente á ello.

—Haz lo que quieras, pero no me marées con tus reflexiones.

—Si V. quiere, puedo prestarle sobre una de sus sortijas. Mas vale eso que recurrir al Monte de Piedad.

—Muchas gracias. Ya hace tres años que me esplotas. Prefero no comer. Comeré en casa de alguna amiga.

—Y nosotros, en la cocina?

—¡Déjame en paz!

—Si al menos, me diese V. alguno de sus trajes?

—Mira, coje el de seda color de nuez que llevé ayer, y vete al diablo.

—¿Cuántos cubiertos hay que encargar para mañana?

—Cuatro. Espero, que llevándote hoy mi traje, me darás de almorzar.

—Una chuleta y un plato de fresas. ¿Le conviene á V.?

—Fresas con leche.

—Bueno.

—Recomienda á Honorato, que no me envíe provisiones como las del otro dia. No pude hacer su reclamo. Todo lo que me envió estaba pasado. Si sigue de ese modo, no podré serle útil.

—Está bien.

—Vete.

—¿Puede entrar Adolfo, que está esperando?

—Que entre.

Adolfo.—Servidor de V., señora.

Lucía.—Buenos dias, Adolfo, buenos dias. Le he enviado á V. mucha gente esta semana ¿verdad? Creo que no tendrá usted queja alguna de mí!

—Ah, no señora. Pero la verdad es que eso nos hacia mucha falta.

—Me debe V. la mitad de su clientela.

—Sin embargo, no nos envia V. tantos parroquianos como la señorita Dufond.

—Sí, pero ¿qué grandes parroquianos les envia á Vds. ella? Jóvenes sin un cuarto, ó viejos arruinados.

—¡Oh, señora!

—¿Qué me va V. á contar á mí!

—Es que...

—Sé perfectamente como trabaja esa señorita. No es amor propio en mí, pero crea V. que me avergonzaria de enviarles á Vds. semejantes deshechos.

—Tal vez...

—¿Ha visto V. al marqués de Nounais-d' Hyeres?

—Si señora!

—¿Les ha hecho á Vds. un gran pedido para mí?

—Si señora.

—Y bien?

—Aquí lo traigo.

—Bueno, pues. Vuélvase V. á llevar, é ingrese su valor en mi cuenta corriente.

—Está muy bien.

—¿A cuanto sube?

—A 375 francos 75 céntimos, de los cuales, un 20 por 100 para nuestra casa.

—Luego, resulta...

—300 francos, 60 céntimos para V.

—¿Y el duque de Beaujon?

—Vino ayer y me hizo un pedido de 432 francos para él.

—Ah!

—Al 10 por 100 para V., resultan á su favor 43 francos 20 céntimos.

—Lo cual quiere decir que me debe V. 343 francos con 80 céntimos.

—Exactamente.

—Déme V. pues 200 francos que necesito, y póngame V. el resto en la cuenta.

—Aquí está el dinero.

Adolfo, deposita diez luises de oro sobre la chimenea, y pasa revista á todos los objetos que hay en ella, diciendo:

—Estos cepillos necesitan reemplazarse. Esta noche le enviaré á V. otros.

—Corriente.

—¿Está V. contenta de nuestra *Esencia de Heno*?

—Sí, me gusta mucho.....

—¡Ya lo sabia!

—Pero no da resultados.

—¿Eh?

—No pega!

—¿Cómo?

—Qué no puede hacerse su reclamo!....

—Sin embargo, es de lo mas distinguido que hoy se usa, y ninguna señora á la moda, debe carecer de ella.

—No lo niego, pero su título es fatal!

—¿Por qué?

—Porque hace reir.

—Pues me tomaré la libertad de enviar á V., un nuevo perfume que yo he inventado!

—¿De veras?

—Tal como lo oye V.

—¿Y cómo se llama?

—¡Le he titulado *Traspiracion de rosas*!

—¡Magnífico!

—Es un poema de perfume, en el que cada gota es una estrofa!

—¡Oh, Adolfo!

—¿Señora?

—¡No hay ningun poeta como V.!

—Es mi mas ardiente pretension!

—Vaya, vaya!

—Y venturoso me contemplo con que V. me comprenda!

—Siempre he admirado á V., Adolfo!

—V. me confunde!

—Envieme V. pomada!

—¿De claveles?

—Bien.

—Le enviaré á V. varios botes.

—Y cepillos de dientes!

—Bueno.

—Y cold-cream!

—No faltará.

—Y...

—Y qué mas?

—Nada, nada mas, por ahora.

—Si supiera que álguien se afeitaba en casa de V., le enviaria al mismo tiempo, algunos ejemplares de navajas de afeitar, y de espuma de Eliotropo para las barbas susceptibles.

—Envíelo, envíelo V.: ¡quién sabe lo que puede suceder!

—Únicamente, me resta presentar á V. mis respetos.

—Hasta otro dia, Adolfo, hasta otro dia.

Apenas se ha marchado Adolfo, entra M.^a Pervenche modista de sombreros.

Lucía.—Buenos dias, amiga mia! ¿Qué tal, qué tal van los negocios?

M.^a Pervenche.—Algo se hace, pero se necesita mucho crédito. Esto es lo que mata. ¿Sigue V. bien?

—Perfectamente ¿Me trae V. alguna cosa?

—Pues no faltaba mas!

—¿Qué es? ¿Qué es?

—Un sombrero inédito que hará una revolucion, puesto encima de la cabeza de V.

—Pero supongo que no se le ocurrirá á V. proporcionarme un peinado como el de la última semana.

—¿Y eso?

—Todos los pilluelos me perseguían gritando!

—Pues bien, el de esta vez es sencillísimo.

—Me da V. miedo!

—Por qué?

—Qué se yo!

—Pues deseche V. ya ese injustificado miedo.

—Dígame V. pronto qué es de lo que se trata.

—Quisiera poner de moda el sombrero *Lafontaine*.

—Y qué viene á ser eso, Dios mio?

—Solo V. puede hacer su réclamo.

—Explíquese V.

—El sombrero está ya cayendo en el ridículo mas espantoso. Vá haciéndose vulgar, uniforme, banal. Cuando, para adornarlo, se ha abusado de la violeta, vuelve á abusarse de la lila; cuando se gastan las rosas, se acude á las hojas marchitas; se añaden algunas cintas; las señoras atrevidas ensayan frutas, pájaros y mariposas... y esto es todo. Pues bien, yo quiero que V. me haga el reclamo, inaugurando el sombrero inteligente, el sombrero caprichoso, el sombrero de las mujeres de talento!

—¿Cuándo digo que me está V. dando miedo!

—El que hoy traigo á V. se llama: *La rata de la ciudad y la rata del campo*.

—Vamos á verlo.

—¿Eh?

—Que me lo enseñe V.

—Examine V. sin prevencion esta maravilla, y dígame usted qué es lo que le parece.

—Seré sincera.

—Enhorabuena.

—Veámos.

—Al rededor del sombrero, mire V., una guirnalda.

—Perfectamente.

—A la derecha frutas escogidas de colores provocativos, mezcladas con flores aristocráticas.

—Bien.

—A la izquierda, un manojo de espigas, y revueltas entre ellas varias florecillas del campo.

—Hasta ahora todo vá perfectamente.

—Pues ahora viene lo principal.

M.^a Pervenche dá una vuelta bruscamente al sombrero y exclama rápidamente:

—Y aquí están la rata de la ciudad y la rata de los campos, huyendo á escape y buscando un refugio en la magnífica cabellera rubia que V. posee.

—¡Jesús, que horror!

—¿Horror, dice V.? ¿Horror llama V. á esto?

—¡Nunca me pondré semejante cosa sobre la cabeza; se lo juro á V. solemnemente!

—Pues aseguro á V. que mañana en las carreras, habia usted de causar sensacion con este sombrero.

—Sí, demasiada sensacion!

—Con que.....

—¡Imposible, amiga mia, imposible!

—Mas...

—¡De todo punto imposible!

—Tambien le traia á V. este sombrerito para diario.

—Ah, qué bonito es!

—¿Verdad que sí?

—Muchísimo!

—Bien, pues aquí le dejo á V. los dos sombreros.

—Oh, el otro, nó!

—¿Nó?

—¡Qué horror!

—Lo importante es que llame la atención, y todo el mundo pregunte por su autora.

—No, vamos, no puedo; le digo á V. y le repito que me es absolutamente imposible.

—Pero...

—Además, asistir á las carreras me proporcionará, como V. no ignora, un gasto tremendo.

—Debo hacerle notar á V. que dentro de ese famoso sombrero, he colocado un billetito de quinientos francos.

—Calle! Es verdad! No le habia visto!

—Como ya conozco las costumbres...

—Bueno, pues déjeme V. los dos sombreros, y una tarjeta de su tienda.

—Aquí está.

—Así que me levante, me probaré esa novedad.

—Ah, gracias.

—Y si no me afea mucho, haré su reclamo.

—¡Magnífico!

—Vuelva V. el lunes, y diré á V. el efecto que haya causado.

—Servidora de V.

—Vaya V. con Dios.

Apenas se ha levantado Lucia, ábrese de nuevo la puerta del gabinete.

Una mano aparta la *portier*, y entra sin hacerse anunciar previamente, el baron de La Cloche-Enbranche.

Baron.—Buenos dias.

Lucia.—¿Quien le ha dado á V. permiso para entrar? ¿Quiere V. hacerme el favor de marcharse?

—Imposible, corazón mio, imposible.

—¿Cómo!

—Tengo que presentarte á un sujeto!

—¿Presentarme á uno?

—Sí.

—Razon de mas para que se vaya V.

—Pero cuando sepas...

—¿Crée V. acaso que voy á recibirle en este traje?

—Pero si este traje te sienta á las mil maravillas!

—¿Sí?

—¡Demasiado que lo sabes, tunantuela. Esos piecitos desnudos, esos cabellos de oro que se revolucionan bajo la tiranía del peine; esos brazos redondos, ese peinador que hosteza dejando ver encantos superiores á todo elogio... Todo esto vale muchísimo...

—¡Adulador!

—Está dicho.

—¿Qué?

—Voy á presentarte ese jóven.

—Repito que no puedo recibirle en este estado.

—Pero, animal, si es un niño!

—¿Un niño?

—Sí, mi sobrino, un polluelo de diez y ocho años que su madre se ha empeñado en que yo le lance... en que haga su reclamo en la sociedad... y ya sabes que á mí no me queda tiempo para eso!

—¿Qué escucho!

—Y por lo tanto he pensado en tí.

El baron abre la puerta, y llama:

—¡Octavio! ¡Octavio! Ven aquí, hijo mio. Entra. No tengas miedo. Esta señora no te hará ningun daño. Es dulce... como... como el raso!

Lucia.—Suplico á V. caballero, que me dispense, si le recibo en este traje...

El baron. — ¿Qué es eso de caballero? ¿Llamas caballero á este muchacho? ¡Llámale Octavio! ¿Quién se mira tanto para hablar con las criaturas?

Lucía. — ¿Me permite V. pues que le llame Octavio, amigo mio?

Octavio. — Sí, con tal que V. me permita que la llame Lucía.

Lucía. — ¡Con toda mi alma! ¿Cómo se llama su papá de V.?

Octavio. — Mi padre se llama el marqués de Entrailles.

El baron. — Escucha, Lucía: tengo bastante prisa hoy por la mañana. Hablemos, pues, de nuestro asunto.

Lucía. — Corriente. Hablemos.

El baron. — Octavio!

Octavio. — ¿Tío?

El baron. — Entretanto en mirar los cuadros, y haz como si no nos oyeras.

Octavio. — Muy bien.

El baron. — Mira, Lucía, yo quiero á ese muchacho con todo mi corazon. No deseo que caiga bajo las uñas de una tunan-tuela, que finja amarle para dejarle sin dinero. Y prefiero tratar el negocio abiertamente contigo.

Lucía. — Mas vale.

El baron. — El chico como ves, es muy guapo. Tiene salud, buen temperamento, un nombre ilustre y una gran fortuna. Seria triste echar á perder todo eso.

Lucía. — Tendré cuidado.

El baron. — Lo destino para marido de una de mis hijas, que no estará en edad de casarse hasta de aquí á tres años.

Lucía. — Pues yo lo cuidaré como si debiera casarse con una hija mia.

El baron. — Hasta tanto que se case, conviene educarlo de cierto modo. Te advierto que es inocentísimo.

Lucía. — Ya me gusta eso.

El baron. — Vas á lanzar al muchacho poco á poco... poco á poco... Tiempo nos queda para todo!

Lucía. — Verdad es.

El baron. — Cuento con que no me lo entusiasmarás demasiado.

Lucía. — Seré concienzuda.

El baron. — Bien. Deseo que no le hagas conocer ni á uno solo de tus amigos. Las relaciones que ha de tener con los hombres, corren á mi cargo. En ellas está el verdadero peligro. En cuanto á lo que respecta á las mujeres... haz lo que gustes.

Lucía. — Conformes.

El baron. — Tratemos ahora de tus honorarios...

Lucía. — Ya sabe V... todo está tan caro...

El baron. — Te conviene 5.000 francos al mes, casa, alimentos y coche?

Lucía. — Diablos! Yo...

El baron. — ¿Te conviene, si ó no?

Lucía. — El muchacho es guapísimo y V. un amigo antiguo!... ¡Sea!

El baron. — ¡Octavio!

Octavio. — ¿Tío?

El baron. — Dá un beso á Lucía. Consiente en lanzarte!

Octavio besa á Lucía. Esta, exclama dirigiéndose conmovida al baron:

— ¡Cuánto agradezco á V. que haya pensado en mí para esto!

El baron. — ¡Pues no habia de pensar!

Lucía, dirigiéndose á Octavio:

— Y bien, amigo mio, cree V. que llegará á amarme?

Octavio. — Eso dependerá de V., señorita!

Lucía dice aparte:

— El muchacho promete!

Y añade en voz alta:

— Hasta la vista. Mañana empezaremos!